

LA FERIA DE LA MEDICINA

Selección y comentarios DR. RICARDO GALLARDO.

AUTOR: H. S. GLASSCHEIB

MER NO ES, EN MODO ALGUNO, el último de los prestidigitadores y magnetizadores que ejercen la medicina. Todavía en los tiempos presentes, en la época de las hormonas, de las vitaminas, psicoanálisis, de los rayos Roentgen y de la técnica quirúrgica perfecta, destaca una figura que se parece extrañamente a Mesmer por su habilidad en atraer se las masas y someterlas a su fascinación: Valentin Zeileis, el curandero de Gallspach.

Apenas puede saberse gran cosa de su vida, si se parte exclusivamente de las leyendas que se han tejido a su alrededor. Según una de ellas, Zeileis comenzó siendo vendedor en una tienda donde había un poco de todo y en la cual se dio cuenta de sus facultades hipnóticas; según otras versiones, un honrado quincallero fue quien se las descubrió y él empezó entonces a tratar enfermos. Una vida de constante vagabundeo le llevó a Austria y a los países balcánicos. De regreso a la patria, tuvo que luchar duramente por la existencia. Probó todos los oficios posibles, pero ninguno le satisfacía, porque, en el fondo, a nada se adaptaba y, a lo que menos, a vivir en ciudades pequeñas. Sólo un rico matri-

monio —al igual que su abuelo espiritual Mesmer— le libró de las miserias de la vida y le ofreció la posibilidad de dedicarse, por entero, al cultivo de lo que constituía su vocación. Sin embargo, no se confió solamente a sus fuerzas psíquicas, sino que adquirió uno de los entonces populares aparatos de alta frecuencia que, con su multitud de electrodos de cristal, de formas y colores y su fluorescencia, era utilizado principalmente por los profanos para todos los fines médicos imaginables.

Entre la ingenua población de la Alta Austria, la impresión causada por el aparato, con sus hermosos y estremecedores chisporroteos, chirridos y fluorescencias, ejercía efectos duraderos: cada uno constaba a los otros lo que había visto y empezó a formarse el alud de las exageraciones, Zeileis pudo contar pronto con los primeros efectos de la su gestión. Empezaron a circular historias de curas prodigiosas, historias que, entre la primitiva población de Gallspach y sus alrededores, encontraron espíritus dispuestos a tenerlas por ciertas. Lo que después sucedió se produjo exactamente en la misma forma que lo ocurrido ciento cincuenta años an-

tes, con el magnetismo de Mesmer. La credulidad colectiva de una gente ansiosa de prodigios y de curación, encumbró a Zeileis como una ola que empujó a éste hacia la irresponsabilidad.

A fin de poder satisfacer a su creciente clientela, adquirió un aparato de alta frecuencia de mayores dimensiones. El público que, de todas partes peregrinaba a Gallspach en busca del curandero, creía a ciegas todo lo que se le servía. Hombres del siglo veinte, entre los que se encontraban intelectuales, escritores, banqueros e industriales tenían con toda seriedad a Zeileis por un hombre de un mundo superior. Se decía que contaba doscientos años de edad; otras versiones le atribuían novecientos o mil cien años. El se presentaba como retoño de una antigua estirpe india que había aprendido las artes de los yoghis y fakires. En tales circunstancias, se daba como sobreentendido el hecho de que pudiera leer los pensamientos de los demás.

Zeileis era el típico provinciano de maneras primarias, toscas y campesinas. Acentuaba su falta de cultura como una ventaja efectiva frente a los médicos "letrados". A pesar de su "ascendencia india", no tenía nada de orgulloso, sino que se mezclaba con el pueblo bajo, hablaba su dialecto y tuteaba a sus enfermos. En su modo de vestir, al contrario de Mesmer, era descuidado e incluso ordinario: como apóstol de la salud, iba en mangas de camisa, cuello abierto y un toscano ardiendo continuamente en la boca (Lámina XV). Los enfermos tenían que desnudarse hasta la cintura. Toda réplica habría resultado inútil. Zeileis no era melindroso y ponía manos a la obra sin la menor delicadeza. Tampoco se recataba de hacer burlescas observaciones sobre la deplorable conformación del cuerpo de algún enfermo, antes bien, con sus preguntas tan impertinentes como innecesarias, se metía en lo más íntimo de la vida familiar y matrimonial de sus pacientes.

El negocio era un modelo de organización que funcionaba sin roces. Se imprimieron billetes de tratamiento que los enfermos debían adquirir en la caja. Cada billete costaba tres chelines y daba derecho a tres segundos de alta frecuencia. Antes de empezar los tratamientos, Zeileis se colocaba en la puerta de la habitación donde estaba el aparato y recogía los billetes como en el cine. Al que no tenía billete no se le permitía entrar.

Los enfermos nuevos exigían unos segundos más de trabajo, pues aunque el tratamiento era para todos idéntico, había que proceder al diagnóstico. No era difícil; Zeileis tenía en depósito una docena de diagnósticos listos para su uso, con los cuales etiquetaba con cierta habilidad a sus pacientes. Estos diagnósticos estaban ordenados con arreglo a la frecuencia y a la popularidad de las dolencias: 1 hemorroides internas y externas, 2 estancamiento de la sangre, 3 congestión del hígado, 4 congestión de los riñones, 5 catarro agudo, 6 llaga de estómago, 7 cálculos biliares, 8 reuma, 9 calcificación de las arterias, 10 parálisis nerviosa, 11 descomposición e impureza de la sangre, 12 cáncer. Zeileis sabía una cosa mejor que algunos médicos: que el enfermo necesita diagnóstico firme al cual pueda agarrarse, aunque sea absolutamente falso. Y este diagnóstico se le procuraba, no mediante los procedimientos médicos de exploración —con los cuales no tenía el menor trato un hombre como Zeileis— sino con ayuda de una varilla mágica.

Zeileis tenía un instrumento maravilloso cuyo manejo mantenía secreto. Se trataba de un tubo de cristal, provisto de electrodos y en el cual se había práacticado el vacío, llamado tubo de Geissler, que al pasar la corriente a su través se pone fluorescente. Este aparato se utiliza en física para determinar la existencia de un campo eléctrico y su alcance. Zeileis utilizaba dicho tubo para diagnosticar. Con expresión de augur, recorría con él el cuerpo del enfermo de arriba a abajo y observaba su fluorescencia; el tubo adquiría unas veces un color rosa, otras violeta o azulado, se apagaba o se encendía de nuevo. El paciente contemplaba con sorprendida fijeza los juegos de colores que tenían que revelar su dolencia, pues Zeileis afirmaba que, al pasar por encima de un órgano enfermo, cambiaba la luz fluorescente. ¿Cómo ocurría ello? Esto era un misterio que ningún mortal podía explicar, salvo el maestro, porque físicamente el grado de iluminación del tubo depende de la caída de potencial entre enfermo y explorador y de la distancia que media entre el tubo y el cuerpo del paciente que se reconoce. En otros términos: el grado de iluminación del tubo no tiene absolutamente nada que ver con el estado de los tejidos que se encuentran debajo del mismo, porque el conductor de la corriente de alta frecuencia es un simple conductor superficial e independiente del estado de los tejidos. Por consiguiente, su valor diagnóstico es nulo.

Los enfermos tomaban como verdad irrefutable el diagnóstico determinado en tan insólitas y mágicas circunstancias y se sometían al tratamiento con absoluta confianza. Y por esto sentían efectos y buenos resultados donde no los había en absoluto. Una mujer afectada de sordera por otosclerosis, afirmaba estar curada y oír el canto de los pájaros, cuando no oía siquiera el son de las campanas de la iglesia próxima. Había ciegos que afirmaban diariamente que "ya veían algo", cuando tras un reconocimiento objetivo se podía comprobar que eran tan ciegos como antes. No otra cosa ocurría con los paralíticos; también ellos —en su mayor parte víctimas de poliomiélitis— estaban la mar de contentos porque cada día "podían moverse mejor", cuando en realidad yacían rígidos e inmóviles.

Con sus "curas maravillosas", la fama y el nombre de Zeileis se extendió más allá de las fronteras de su patria. Gallspach se convirtió de la noche a la mañana en un centro internacional de curación. Aquel lugar, antes tan tranquilo, recordaba, hacia los años veinte de nuestro siglo, las poblaciones americanas que, a causa del inesperado descubrimiento de yacimientos de oro o de petróleo, eran inundadas por enormes y caudalosos ríos humanos. Se construía en todas partes. Casi todas las casas fueron modernizadas a fin de poderlas arrendar provechosamente. Todas las habitaciones eran utilizadas.

Hoteles y pensiones estaban a rebosar. Dondequiera que uno se alojara, le contaban casos de curas milagrosas: la dueña de la casa había sido curada de un cáncer y el marido de un reuma incurable; la hija mayor de parálisis, la más joven de clorosis y la vecina de al lado de flujo sanguíneo. El camarero que servía en el hotel y que juraba por todos los santos haber padecido parálisis, va como un rayo de un lado para el otro. Estas y otras parecidas eran las historias que oían los enfermos al llegar.

En medio de la ciudad, hay un castillo hace mucho abandonado y rodeado de un foso. Tal castillo se convirtió en lugar de trabajo de Zeileis. Lo había comprado al hacerse millonario gracias a sus curas maravillosas y lo había reformado para adaptarlo a sus fines (Lámina XV). Mujeres y hombres, ancianos y niños, ricos y pobres, personas de aspecto saludable y gentes señaladas por la muerte, cojos, paralíticos y ciegos aguardando turno para en-

trar, componían el espectáculo que se ofrecía a cuantos penetraban en el patio del castillo. Y en el interior de éste, esperaban alrededor de un centenar de otros enfermos, visibles a través de los cristales de una gran ventana. Viejos achacosos eran conducidos allí en sillas de ruedas, camillas, o a cuestas de sus familiares. Ningún techo protege a los que esperan fuera. La desgracia multitud se mantiene firme al aire libre y sufre el castigo del viento y las inclemencias del tiempo, con optimista esperanza.

Finalmente, después de una hora de espera poco más o menos, se abren las puertas del vestíbulo. Poco a poco la muchedumbre se ordena en filas de cinco individuos cada una. Los enfermos pasan lentamente junto al esqueleto, colocado al lado de una de las jambas de la puerta, y van penetrando en la sala de tratamiento. A fin de estar dispuestos para éste, los pacientes se quitan los vestidos tan rápidamente como pueden, quedándose desnudos de cintura para arriba. En la sala llena, Zeileis grita con voz alta y enérgica: —¡Silencio!— Se cierran las puertas y empieza el tratamiento.

El maestro se acerca a la máquina. A una señal suya se oscurece la habitación. Sólo esparcen alguna luz dos lámparas rojas montadas en las bocas de dos serpientes de hierro. En medio de la expectación general, Zeileis se acerca al cuadro de distribución, conecta la corriente, coge la barra de vidrio del electrodo que termina en numerosas puntas y, como Júpiter tonante, hace brotar de él pavorosas y siseantes chispas. Los cuerpos medio desnudos, sudorosos, apretados en un espacio reducido, contrahechos algunos por deformidades o afectados por repugnantes eczemas, constituyen una desdichada masa en cuyo seno se pierde y se disuelve toda conciencia de la personalidad individual. Así desnudos, enajenados y sin voluntad se acercan a su salvador. Se adelantan uno a uno, vacilantes y medrosos. Pero Zeileis, con gesto soberano, coge a uno cualquiera de los irresolutos de la masa y lo acerca a él, a veces agarrándole de la oreja. Después, con mano certera, pasa el chisporroteante electrodo por encima del torso, pecho, brazos y espalda del paciente. Con cara descompuesta por el miedo o inmóvil y extática, los enfermos aguantan la lluvia de chispas crepitantes. Se ha hecho un silencio como el de la iglesia durante la misa. Sólo de vez en cuando se oye llorar un niño

o sollozar a una histérica. Pero Zeileis sabe levantar el ánimo de la multitud. Tiene en reserva unos cuantos chistes que, a pesar de repetirlos constantemente, no dejan de producir efecto. Gasta bromas insultantes sobre las capacidades sexuales de un enfermo extenuado que tiene delante, o a otro que no se le acerca con la suficiente rapidez, le acompaña colocándole inesperadamente el electrodo sobre las asentaderas o las corvas, con lo cual precipita sus pasos y, encima, provoca la hilaridad general.

El tratamiento completo dura sólo tres segundos y en lo esencial es el mismo para todos los enfermos. Cuando uno de éstos recibe un par de golpes en la espalda con el electrodo, se viste rápidamente y por una puerta trasera abandona la sala. Pero vuelve otras dos veces: una a mediodía y otra a última hora de la tarde.

Así se procedía día tras día. En corriente ininterrumpida a la manera de un rebaño, los pacientes eran empujados a pasar ante el electrodo como el ganado en los mataderos de Chicago. De esta manera ganaba Zeileis nueve mil chelines (540 marcos) al día y medio millón al año, poco más o menos.

Los enfermos, sin quejarse, seguían este tratamiento durante muchas semanas e incluso años. Soportaban a gusto las contrariedades que imponían las circunstancias y las incomodidades del alojamiento, aunque no les sirviera de nada volver año tras año, porque nada era capaz de quebrantar su fe en Zeileis. Por esto se daba el caso frecuente de que, para conseguir el tratamiento de las chispas eléctricas, se desprendieran de sus últimos ahorros.

Los médicos conocían a la perfección los efectos en extremo limitados de la corriente de alta frecuencia y sabían que los enfermos que emigraban a Gallspach, no recibían allí nada que mereciera el nombre de tratamiento, porque a los enfermos graves, las vibraciones de alta frecuencia no podían curarlos, ni siquiera aliviarlos. Esto era un hecho indiscutible y científicamente comprobado.

Pero la clase médica era impotente. ¡Ay del profesor que se atreviera a dudar de los milagrosos éxitos terapéuticos de Zeileis y a criticar públicamente sus métodos! Zeileis se querellaba por "calumnia", "injuria" o "competencia desleal". No le

importaba recurrir a todas las instancias. Era millonario y la mayor parte de las veces ganaba.

No se produjo ningún cambio hasta que Zeileis alcanzó el cenit de su triunfo. Mientras trabajó como curandero, su actividad era poco menos que impenetrable; pero cuando tomó aires de hombre de ciencia, gracias a la ayuda de colaboradores médicos, cuando trató de fundamentar en teorías sus procedimientos y publicó sus éxitos en folletos, la ciencia pudo al fin salirle al paso. Los pretendidos resultados fueron puestos en ridículo, sin ninguna clase de miramientos, por el profesor Lazarus (Berlín) en revistas médicas y no médicas. Zeileis cursó una denuncia por difamación y un tribunal de prudentes jueces, en sesión pública de marzo de 1930, prohibió el tratamiento practicado por el denunciante por considerarlo absurdo e ineficaz. Para poner a prueba el método, el profesor Lazarus rebosando salud y de incógnito se hizo poner en "tratamiento" en la sucursal muniquesa del Instituto Zeileis. Se le diagnosticó allí una "grave dolencia medular". Otros médicos —que hubieron de declarar como testigos— pasaron por la misma experiencia de diagnósticos irresponsables. El curandero de Gallspach había perdido un pleito por primera vez. El nimbo que le rodeaba se desvaneció.

* * *

En fundamentos completamente distintos se basa el diagnóstico por el iris. Este rechaza todos los recursos terrenos. Con su elevación alcanza las esferas de la metafísica, pero en cuanto a sus profundidades...

* * *

En Repelen, aldea de unos trescientos habitantes del Distrito de Düsseldorf, vivía, a principios de nuestro siglo, un pastor curandero. El pastor Felke era un hombre temeroso de Dios. La bendición y las gracias divinas estaban en él visiblemente y las dispensaba a manos llenas entre las personas que a él acudían en busca de ayuda. Ante su casa acampaba a todas horas y todos los días un verdadero enjambre de enfermos; esperaban pacientemente que les tocara el turno. Y después ocurría el prodigio. El pastor cogía con ambas manos la angustiada criatura, la acercaba a él, la miraba pro-

fundamente a los ojos y le decía después lo que tenía.

Aquello era cosa muy distinta de lo que ocurría en la consulta de los médicos. Nada de olor a fenol ni a yodo, nada de instrumentos cortantes, nada siquiera de instrumentos de cualquier clase que fueran, nada de incomprensibles reconocimientos ni expresiones que sonaban a lengua extraña; el enfermo se enteraba de dónde estaba la raíz de su mal con palabras sencillas y claras como sacadas de la Biblia. Más aún: se le decía que su curación era segura, pero no con pilas, tinturas o inyecciones sino con los cuatro elementos de los cuales él procedía, aire, luz, agua y tierra.

Estos cuatro elementos había que llevarlos al cuerpo de los pacientes de una manera un tanto violenta. Los enfermos tenían que efectuar un trabajo rudo al aire libre hasta sudar abundantemente, tanto en el calor del verano como en el frío del invierno. Después tenían que desnudarse y tomar un baño frío; luego tenían que aplicarse una cataplasma de barro en la parte dolorida.

El pastor no sabía a qué peligros exponía a gran número de sus enfermos con la aplicación de este método tan violento. Desprevenido como un niño, caminaba seguro de sí mismo, junto al abismo, sin despeñarse. Con su duro tratamiento, algunos enfermos se sentían mejor y algunos se curaban.

La fama del pastor se extendió por toda Alemania. Cada vez era mayor el número de enfermos que iban a tomar baños de aire, luz y sol para curarse y volvían rejuvenecidos y tonificados ensalzando al pastor.

Pero con la celebridad, el sacerdote se vio asaltado por las tentaciones del mundo. Creó una sociedad anónima y, con el capital suscrito, fundó un sanatorio que bautizó con el nombre de "Manantial de juventud". Los enfermos que, viejos y achacosos llegaban allí para someterse a tratamiento, abandonaban más tarde el sanatorio rejuvenecidos y con un despertar de nuevas energías.

En mayo de 1908, se presentó en casa del pastor un aprendiz de panadero de dieciséis años de edad, aquejado de fuertes dolores en la parte baja y derecha del vientre. En tal caso, cualquier profano habría diagnosticado una apendicitis. No lo hizo así el pastor Felke. El disponía del método mucho

más sensible y exacto del diagnóstico por el iris y según éste el muchacho padecía una inflamación hepática. Al enfermo le fueron administrados los cuatro elementos prescritos, fricciones en el bajo vientre, cataplasmas de barro y baños helados. Bajo este tratamiento, el apéndice se perforó y el muchacho fue internado en el hospital del distrito en estado desesperado, muriendo poco después de la operación, practicada con excesivo retraso. El médico del distrito certificó la existencia de indicios de homicidio por negligencia. El defensor de la medicina escolástica declaró que el pastor Felke había destruido la vida de un hombre con un tratamiento falso. Felke tuvo que comparecer en juicio.

Para el día de la vista y con el fin de resistir la dura prueba judicial, el pastor se armó convenientemente. Llevó consigo grandes cuadros en los que se veía el iris. Alrededor de éste, se hallaban pintados los órganos más importantes del cuerpo, como el cerebro, el corazón, el hígado, el bazo y los riñones. De cada uno de dichos órganos partían unas líneas rectas, en negro, que iban a parar al centro del ojo para poner de relieve las relaciones que aquéllos mantenían con éste. De esta forma el iris quedaba dividido por las líneas rectas en varios campos.

Interrogado el pastor Felke por el tribunal, declaró que se apoyaba en el diagnóstico por el iris, diagnóstico que, hasta entonces, no le había fallado; todo, añadió, lo leía en el iris. Este se relacionaría con todos los órganos del cuerpo mediante el nervio simpático y de ahí que toda enfermedad se manifestase en él de manera infalible. Si en tal zona del iris hay una línea o un punto blanco, el órgano enfermo sería el hígado, si éstos se ven en tal otra zona, el órgano enfermo sería el cerebro; uno de los campos estaría conectado con el recto. Felke destacó el hecho de que, en su sanatorio, no sólo trataba personas corrientes, sino también a generales con mando y que el Papa Pío X le había dedicado una fotografía suya enviando su bendición por la obra caritativa que estaba llevando a cabo.

Preguntado el experto profesional sobre el diagnóstico por el iris, declaró que lo consideraba absurdo pues no se había probado la existencia de ninguna relación entre el iris y los órganos corporales, salvo las líneas que el pastor Felke había trazado por su mano. El defensor del acusado preguntó a renglón seguido:

¿Ha estudiado usted el diagnóstico por el iris?

El experto: —No. Lo considero indigno de mí.

El defensor: —Entonces. ¿cómo se permite usted enjuiciarlo?

El experto: —Como hombre de ciencia, rehúso dedicarme a tales cosas.

El defensor: —¿Qué es la ciencia sino una cadena de errores que se van deshaciendo? El sistema astronómico de Tolomeo se tuvo como infalible verdad científica durante un espacio de siglos, hasta que llegó Galileo y lo barrió. Lo mismo ocurrirá con los sistemas vigentes en medicina por obra del diagnóstico por el iris.

El pastor Felke fue absuelto entre frenéticos aplausos del público. En los círculos profanos existía la convicción general de que el aprendiz de panadero había muerto por haber interrumpido al tratamiento del pastor y haberse entregado a las funestas manos de los médicos universitarios. Para Felke, el proceso se convirtió en un instrumento de glorificación de su labor terapéutica. El aplauso de la gente y "las cartas de felicitación, llegadas a millares de todos los puntos de Alemania", fortalecieron en él la confianza en sí mismo y en su método de tratamiento.

El diagnóstico por el iris penetró triunfalmente en otros países. Esposas de pastores, maestros, zapateros, sacristanes, comerciantes y otras personas de calificación parecida, ejercían la diagnosis por el iris como ocupación accesoria y curaban el cáncer, la tuberculosis, la sífilis, la úlcera de estómago y otras dolencias, con cataplasmas de barro y baños de asiento helados. Con el retrato de Felke publicaron grandes tiradas de libros que llevaron al pueblo las teorías del pastor.

¿Pero cómo había sido posible la absolución de éste? Según consta en los documentos del juicio el fallo no se produjo de un modo muy halagüeño para él. En el curso del procedimiento judicial, el pastor tuvo que sufrir un molesto examen. En el hospital del distrito, ante el tribunal y un grupo de médicos en calidad de expertos, tuvo que demostrar la validez de su diagnóstico por el iris con veinte enfermos cuya enfermedad había sido previamente diagnosticada clínicamente en forma irrefutable. Y el encartado fracasó ruidosamente. El tribunal fa-

lló que el método del pastor era inadecuado para diagnosticar enfermedades; que, en el caso del aprendiz de panadero, el diagnóstico había sido erróneo y que la muerte del enfermo se debió a un tratamiento impropio. Pero que había que dictar la absolución del pastor, puesto que éste había procedido de "buena fe" en la comisión de los hechos.

Con este fallo, se declaraba que cualquiera podía matar al prójimo impunemente, empleando procedimientos terapéuticos absurdos, siempre y cuando creyera de buena fe en sus métodos de curación.

Los partidarios del diagnóstico por el iris afirman que, mediante determinadas señales de este órgano, es posible saber no sólo la enfermedad que sufre el paciente, sino el asiento de la misma. Además, llegan a formular aserciones tan absurdas como las siguientes: cuando una persona nace con los ojos azules, el azul del ojo es signo de buena salud y de elevados sentimientos humanos sólo cuando el tono de dicho color es uniforme. Las personas de ojos azules son "hijos del sol y de la luz". Las de ojos pardos son "hijos de la noche y la tiniebla". La sarna, las lombrices intestinales, los tóxicos medicinales y sobre todo las inyecciones podrían oscurecer el iris o alterar su color, pero el azul original se recuperaría de nuevo mediante un género de vida de tipo naturista.

La ciencia prescribe tales afirmaciones al reino de la fábula. Para ella, el iris no es otra cosa que una lente del aparato óptico ocular, que desempeña un papel importante en la acomodación de la visión a la distancia, pero nada más. Los llamados signos de que se valen los diagnosticadores por el examen del iris, no son más que variantes sin trascendencia de la estructura y coloración normales de dicho órgano. Por consiguiente, nada justifica convertir el iris en clave y trasunto de profundos misterios a la manera de Goethe, a quien se complacen citar a este fin, los partidarios del diagnóstico por el iris:

*Soy el iris y estoy en la luz
como testigo de un mundo mejor,
que descubre a Dios y su ley
en la borrosa red de los vapores.*

Pero el caso es que Goethe se refería al iris celeste.